

Reinhart Koselleck: La interdisciplinariedad de la Historia

Reinhart Koselleck: The interdisciplinarity of History

JUAN MARÍA SÁNCHEZ-PRIETO

Universidad Pública de Navarra

RECIBIDO: SEPTIEMBRE DE 2012

ACEPTADO: OCTUBRE DE 2012

Resumen: En este artículo se valoran tres cuestiones principales: la formación y primera obra de Reinhart Koselleck, el núcleo temático de su trabajo y las principales claves de su pensamiento y de su manera de practicar la historia.

Palabras clave: Reinhart Koselleck, historia, historiografía, escritura de la historia, interdisciplinariedad, conceptos.

Abstract: This article evaluated three main issues: the formation and early work of Reinhart Koselleck, the core theme of his work and the main keys of his thinking and his way of practicing history.

Keywords: Reinhart Koselleck, history, historiography, historical writing, interdisciplinarity, concepts.

La figura de Reinhart Koselleck (1923-2006) presenta una enorme relevancia en el marco de las ciencias humanas y sociales, no sólo dentro de la historiografía, debido a su marcada dimensión interdisciplinar, un vocablo a menudo vacío, pero que en él adquiere pleno sentido: por su formación (filósofo, jurista, sociólogo, además de historiador) y por su fecunda labor investigadora, particularmente centrada en la historia de los conceptos, de la que fue su principal valedor; un campo de estudio que va más allá de la historia social de las ideas, y donde ha creado escuela dentro y fuera de Alemania, contribuyendo de manera eficaz a renovar el análisis cultural, social y político. Fruto de esa investigación ha desarrollado igualmente una importante reflexión teórica acerca de la historia y el tiempo histórico¹.

Los conceptos se sitúan siempre tanto al principio como al final de una investigación. Los conceptos iluminan, permiten aproximarnos a una realidad que de otro modo podría quedar inaccesible. Pero, finalmente, es la propia investigación la que permite cargar de realidad los conceptos y mejorarlos. Esto es lo que ha venido a mostrar de un modo muy particular y elocuente Koselleck con su propia trayectoria intelectual. Koselleck ha favorecido una nueva comprensión de la historicidad de los conceptos –de su sometimiento al poder del tiempo y de su influencia también sobre la historia– introduciendo, de modo paradójico, categorías meta-históricas como las de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, que fundan la posibilidad misma de historia y que abren nuevas vías para la exploración de las representaciones colectivas. Pero Koselleck ha reafirmado sobre todo, con enorme claridad, la validez de la lógica y de la práctica investigadoras dentro de la ciencia histórica, cuestionadas por la llamada historiografía del *giro lingüístico* o posmoderna; la fecundidad de la convivencia estrecha entre teoría y práctica dentro de la historia, y la necesidad de incorporar la perspectiva histórica –el conocimiento de la Historia– dentro de las demás ciencias humanas y sociales.

La originalidad e importancia de Koselleck dentro de la ciencia histórica no se limita a la proyección que alcanza su investigación de los conceptos

¹ Este texto está basado en la conferencia que pronuncié en la Universidad de Barcelona el 24 de noviembre de 2009, invitado por el profesor Fernando Sánchez-Marcos, coincidiendo con la publicación del volumen monográfico por mí coordinado en la *Revista Antropos* (núm. 223, 2009) sobre Koselleck, y cuyo conjunto de colaboraciones contribuye a trazar dentro del mundo hispánico una primera semblanza intelectual de una personalidad académica particularmente emblemática dentro del siglo XX, así como a valorar las potencialidades que sus aportaciones recubren en distintas disciplinas y campos de estudio. La preparación de ese volumen sobre Koselleck fue objeto de varias animadas y fructíferas conversaciones con el profesor Ignacio Olabarri.

para la propia explicación de las transformaciones sociales, culturales y políticas de la modernidad, particularmente de ese período de tránsito, los años 1750-1850, denominado *Sattelzeit*. En términos más amplios, su figura induce a reconsiderar el debate sobre la crisis de la historia y de los excesivos giros² (antropológico, lingüístico, material) que habría experimentado la disciplina en las últimas décadas, debate que no esconde sino un prolongado conflicto entre la *historia intelectual* y la *historia social*, el cual no existe en Koselleck gracias a la originalidad y riqueza de sus planteamientos.

Su fallecimiento reciente no contribuirá sino a aumentar su consideración como uno de los grandes historiadores del siglo XX, al lado de los fundadores de *Annales*, como algunos se han atrevido ya a señalar³, por más que Koselleck no fuera un autor realmente conocido fuera de Alemania hasta los años 1990.

Se trata, a continuación, de valorar tres cuestiones principales: la formación y primera obra de Koselleck, el núcleo temático de su trabajo y las principales claves de su pensamiento y de su manera de practicar la historia.

LA FORMACIÓN DE KOSELLECK

El joven Koselleck estuvo profundamente marcado por los sufrimientos de la segunda guerra mundial y la memoria del horror. Alistado en las filas del ejército alemán, la contingencia de que un tanque le aplastase un pie en Stalingrado, vino a salvarle la vida. Prisionero de guerra, fue liberado en octubre de 1945. En Auschwitz ayudó a dismantelar las instalaciones de aquel escenario de pesadilla, símbolo y cifra del exterminio nazi⁴. Como otros muchos de su generación, fue plenamente consciente de que había sobrevivido a la guerra, cuando otros muchos –con mayor talento quizá– habían fallecido. Su obra la

² José ANDRÉS-GALLEGO e Ignacio OLÁBARRI, “Too ‘Turns’: Social History, Yesterday and Today”, en I. Olábarri y F.J. Caspistegui (eds.), *The Strength of History at the Doors of the New Millennium*, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 231-253.

³ Lucian HÖLSCHER, “Lección conmemorativa de Reinhart Koselleck”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 39-44. Javier FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, “Acontecer, experiencia y teoría de la historia. Recordando a Reinhart Koselleck”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 45-53. Una síntesis sobre la figura y obra de Koselleck en Willibald STEINMETZ, “Nachruf auf Reinhart Koselleck (1923-2006)”, *Geschichte und Gesellschaft*, 32, 2006, pp. 412-432.

⁴ FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, 2009, p. 45. Véase el texto autobiográfico de Reinhart KOSELLECK, “Vielerlei Abschied vom Krieg”, en H. L. Arnold, B. Sauzay y R. von Thadden (eds.), *Vom Vergessen, Vom Gedenken. Erinnerungen und Erwartungen in Europa. Zum 8 Mai 1945*, Gotinga, Wallstein, 1995, pp. 19-25.

dedicó a los muertos, a las experiencias únicas e inintercambiables que habían atesorado, y al recuerdo debido. Comenzando por las propias pérdidas familiares (sus hermanos mayor y menor, una tía materna...)⁵.

Esto no lo explica todo, pero sí mucho de Koselleck, según ha hecho notar su discípulo Lucien Hölscher: por ejemplo, su juicio sobre el proceso de desarrollo de las sociedades contemporáneas (una “patología de la sociedad civil”, como recoge su tesis de doctorado) o su posterior interés por la iconografía política relacionada con los monumentos conmemorativos de la guerra (los monumentos a los caídos y las imágenes de la muerte), que constituyen la parte fundamental de la obra inédita de Koselleck. La historia comienza en nuestro recuerdo, haciéndola dependiente del tiempo y del espacio. Pero el pasado resiste a las numerosas funcionalizaciones de la memoria; la historia es algo más que una mera historia de recuerdos, por grande que sea la deuda contraída con los que murieron, los derrotados y los exterminados⁶.

Tras un curso de desnazificación en el castillo de Göhrde, enviado por los aliados, donde conoció a Eric Hobsbawm (entonces miembro del cuerpo del ejército británico de reeducación), cursó estudios de Historia, Filosofía, Derecho y Sociología entre los años 1947 y 1953 en las universidades de Heidelberg y Bristol. En Heidelberg asistió Koselleck, entre otros, a los seminarios de filosofía de Hans-Georg Gadamer y de Karl Löwith, del que Koselleck fue ayudante; y a los de sociología de Alfred Weber, hermano de Max y de tendencia liberal. Ahí se discutía la problemática de la historicidad del ser de Heidegger y el acento en la “lingüisticidad” (*Sprachlichkeit*) de Gadamer, dentro del enfoque hermenéutico, pero Koselleck se fue distanciando de ellos al considerar predominante su posición como historiador y rechazar la posibilidad de alcanzar verdades ontológicas a partir de la historia de los conceptos⁷. Entre sus maestros de esta primera etapa formativa destaca también Carl Schmitt con quien –al igual que con Gadamer– siempre se reconoció en deu-

⁵ Christian MEIR, “Reinhart Koselleck. A Commemorative Speech”, en J. Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time: New Approaches to Conceptual History*, Santander, Cantabria University Press, McGraw-Hill, 2011, pp. 415-434 (417-418, 428-429). También en Hans JOAS y Peter VOGHT (eds.) *Begriffene Geschichte. Beiträge zum Werk Reinhart Koselleck*, Berlín, Suhrkamp, 2011.

⁶ HÖLSCHER, 2009, p. 40.

⁷ Francisco Javier CASPISTEGUI, “El primer Koselleck”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 54-70 (61). Las diferentes posiciones de Gadamer y Koselleck se verbalizarán con claridad en el debate que mantuvieron en 1986, donde Gadamer argumenta la condición eminentemente lingüística del hombre y de la experiencia humana (Hans-Georg GADAMER y Reinhart KOSELLECK, *Historia y hermenéutica*, introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, Barcelona, Paidós, 1997).

da, fuera de las discrepancias existentes. Schmitt, como es sabido, es uno de los grandes teóricos de la política, más allá de su proximidad al régimen nazi, pero ese agradecimiento le acarreó a Koselleck una fama de schmittiano, inducida también por las alusiones de Habermas hacia él como portavoz o continuador de sus tesis, que le ocasionó claros perjuicios en su vida académica. Tampoco Gadamer fue ajeno al nacionalsocialismo (aunque no ingresó en el partido) ni ha dejado de levantar suspicacias hasta el final (como acomodado u oportunista respecto al régimen), pese a lo cual Koselleck no tuvo reparos en escribir sobre él una larga necrológica (2003), en defensa del muerto⁸.

A través de estos nombres Koselleck pudo vincularse con la poderosa y a veces temible tradición intelectual alemana, y ganar la espalda a Heidegger hasta enlazar cuanto menos con la *Histórica* de Droysen, con la hermenéutica de Dilthey y con el enfoque de las ciencias sociales de Max Weber⁹. A esos aportes, Koselleck sabrá añadir más tarde otros propios de la tradición francesa, como se pondrá de manifiesto a la hora de armar la historia de los conceptos.

Muy representativa del primer Koselleck es su tesis doctoral *Kritik und Krise*, defendida en 1954, publicada cinco años después y tempranamente traducida al español¹⁰. Se trata de una importante monografía sobre la dialéctica entre Absolutismo, Ilustración y Revolución, en la que se ocupó también de la aparición de las modernas filosofías de la historia. En ella asoma no sólo su conservadurismo, sino el pesimismo derivado de su propia experiencia de cautiverio y del momento que atravesaban las relaciones internacionales.

Como ha analizado Caspistegui, partía de una valoración del estado absolutista al modo de Hobbes y en conexión con la lectura de éste efectuada por Carl Schmitt en 1938. Koselleck interpreta el siglo XVIII como una lucha entre el absolutismo y la filosofía crítica que iba a provocar la aparición de la sociedad burguesa y la revolución francesa. “Toda Ilustración desemboca antes o después en situaciones de conflicto, cuyo análisis racional exige una transformación de la mera crítica en conductas políticas”, escribe. En último término (y como apunte de sus trabajos futuros) la crisis a la que conducía la crítica provocaba la pregunta sobre el futuro histórico. La filosofía de la his-

⁸ Faustino ONCINA, “Necrológica del *Outsider* Reinhart Koselleck: el ‘historiador pensante’ y las polémicas de los historiadores”, *Isegoría*, 37, 2007, pp. 35-61 (40-41, 48-53).

⁹ FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, 2009, p. 45.

¹⁰ Con el título de *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965. Trotta ha hecho una nueva edición española del texto en 2007.

toria secularizó los modelos teológicos anteriores para convertirse en el instrumento con que fundamentar ese cambio. La filosofía de la historia encubría la revolución, pero la antecedía y se convertía en la revolución en potencia. Abría así un camino a la incertidumbre. El estado de crisis perdurará por medio de “la revolución permanente ataviada con los ropajes de la legalidad”, afirma el joven Koselleck. La *volonté générale* rousseauiana, “la voluntad común absoluta, que se da las leyes a sí misma”, se convierte, para Koselleck, apoyándose en *Die Diktatur* de Schmitt, en una dictadura permanente¹¹.

Pero, al margen de su reflexión de fondo, evidentemente conservadora, sobre las desviaciones de la modernidad y la crisis duradera que afectaría al mundo contemporáneo, no se puede obviar –ha hecho notar Fernández Sebastián– que los variados estudios que se han aproximado a la génesis de la noción de esfera pública han tomado casi siempre como necesario punto de partida esta obra pionera, *Crítica y crisis*, anterior a la de Habermas, que se tiene por canónica, sobre el espacio público y la opinión pública¹².

Finalizada su tesis, y después de una primera etapa como lector en la Universidad de Bristol (1953-1955), figuró como adjunto en el Seminario de Historia de la Universidad de Heidelberg (1956-1960). En 1965 obtuvo la habilitación con un estudio sobre *Prusia entre reforma y revolución, 1791-1848*, publicado en 1967. Su carrera docente propiamente dicha comienza en la Ruhr-Universidad de Bochum (en 1966-1968), de donde pasó de nuevo a Heidelberg y finalmente a Bielefeld, universidad esta última donde permaneció desde su fundación en 1971 hasta el final de sus días, dentro de la Facultad de Ciencia Histórica y Filosofía y, sobre todo, del prestigioso *Centro para la Investigación Interdisciplinar* de Bielefeld (creado en 1975), del que fue director¹³.

Hay que detenerse un momento aquí.

Su vinculación con la Universidad de Bielefeld le asocia a este foco de historia social que supo combinar la herencia de Max Weber con el influjo de los historiadores marxistas británicos y el francés de *Annales*. Bielefeld se convirtió en un lugar de diálogo e investigación interdisciplinar entre científicos sociales y humanistas (en cierta manera como había ocurrido con la VI Sección de la EPHE francesa o con el Davis Center de Princeton dirigi-

¹¹ CASPISTEGUI, 2009, pp. 63-67.

¹² FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, 2009, pp. 47-48.

¹³ *Ibid*, p. 50.

do por Stone), donde se aclimató bien la propia personalidad interdisciplinar de Koselleck.

La historia social impulsada por H.U. Wehler y J. Kocka en Bielefeld es la historia de los fenómenos sociales, políticos, económicos, socioculturales e intelectuales al tiempo. Su tema central de investigación lo constituyen los procesos y las estructuras del cambio social de las sociedades industriales. En este marco de reflexión y de trabajo –sin menoscabo de su propia libertad de orientación, bien definida con anterioridad, y de algunas diferencias e incomprensiones personales¹⁴–, se desarrolla el programa de historia intelectual de Koselleck concebido, no en oposición a la historia social, sino como una profundización en la misma y desde una clara inquietud metodológica, claramente fijada en su volumen de 1979 *Vergangene Zukunft: zur Semantik geschichtlicher Zeiten*¹⁵. Allí se convierte en el impulsor de una formidable empresa editorial, la realización de un gran diccionario de los conceptos históricos en ocho volúmenes (1972-1997), junto a Otto Brunner y Werner Conze, que constituye el monumento más emblemático de la historia de los conceptos alemana (la *Begriffsgeschichte*), un conjunto de más de 7.000 páginas.

Hölscher, al reseñar las raíces históricas de la historia de los conceptos¹⁶, ha apuntado con claridad a los fundadores de *Annales*, Lucien Febvre y Marc Bloch, en Francia (con aproximaciones y nociones como la de *outillage mental*), y a Otto Bruner en Alemania, que también en los años treinta mostró los elementos fundamentales del desarrollo de la posterior *Begriffsgeschichte*, al considerar el siglo XIX como el de la ruptura profunda entre los conceptos modernos y los pre-modernos (desde una neta orientación anti-liberal, que suavizaría después de la guerra). Por su parte, el tercer nombre del Diccionario, Conze, es quien vino a encabezar después de 1945 el proceso de introducción en Alemania de la historia social¹⁷.

¹⁴ Faustino ONCINA (2007, pp. 36-45) se ha referido de manera pormenorizada a la animosidad de Wehler y Kocka hacia Koselleck y a la implicación de aquellos en la llamada *polémica de los historiadores* en Alemania, que salpicó a Koselleck y acabó volviéndose contra Habermas, principal hostigador contra el revisionismo histórico (A. Hillgruber y E. Nolte, junto a los que se situó a Koselleck) y todo tipo de tradicionalismos y neoconservadurismos. La sombra de connivencia del propio Habermas con el nazismo ha llenado un capítulo reciente de esa polémica.

¹⁵ R. KOSELLECK, “Historia conceptual e historia social”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 105-126.

¹⁶ L. HÖLSCHER, “Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos”, en Ignacio Olabarri y F.J. Caspistegui, *La ‘nueva historia cultural’: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, pp. 69-82 (81-82).

¹⁷ CASPISTEGUI, 2009, pp. 55-56.

Esta clara posición de Koselleck respecto a la historia social (que no abdicaba de ella, sino que se sitúa dentro para ahondar en la misma) explica la desconsideración o el silencio con que es recibida su historia de los conceptos por parte de los promotores del *giro lingüístico* en la historia (Dominick La-Capra a la cabeza) a partir de 1980, en la medida en que dicho giro supone precisamente una reacción (en EEUU) contra la historia social (europea, de matriz particularmente francesa)¹⁸. Mejor suerte corrió la escuela de Cambridge, el otro gran polo de la historia de los conceptos, por su mayor ambivalencia con respecto al *giro lingüístico*, sobre todo en la obra de Pocock, por más que Skinner, buscando contrarrestar tanto la influencia del paradigma braudeliano como el primer acento estructuralista que recibe él mismo de Pocock, acabara erigiéndose en el principal valedor de un *intencionalismo* desde finales de los años 60 que en su mismo afán por distinguirse del *textualismo*, le lleva a subrayar la necesidad de restituir la matriz social e intelectual de la época estudiada, lo que le acercaba finalmente a aquella misma noción de utillaje mental de Febvre. Si autores como Melvin Richter o Kari Palonen han levantado un puente entre la *Begriffsgeschichte* alemana y la escuela de Cambridge¹⁹, todavía es necesario reconocer las aportaciones francesas en es-

¹⁸ El *giro lingüístico* en la historia es un movimiento que arranca de Estados Unidos en los años 1980 y que afecta en sus inicios a la historia intelectual, aunque no tardará en llegar a Europa y en adentrarse en los demás territorios de la historia. Implica básicamente un rechazo a la historia social triunfante en Europa desde los años 50 (y extendida a EEUU desde los 60), de manos fundamentalmente de la escuela francesa de *Annales*, que desde sus orígenes en 1929 se había manifestado cercana a la concepción científicista o “realista” de la sociedad defendida por Durkheim y sus discípulos. Los defensores del *giro lingüístico*, buscando visibilidad académica al amparo de Hayden White, no hacen sino utilizar y difundir en EEUU la crítica estructuralista que, junto a la proveniente de la tradición hermenéutica, se había vertido en Francia anteriormente contra la propia historia social de *Annales*, contraponiendo a lo que consideraban sus debilidades teóricas y su obsesión empírica las bondades de la perspectiva textualista (Barthes, Derrida, Foucault). Un análisis más detenido de esta cuestión puede verse en Juan María SÁNCHEZ-PRIETO, “Más allá del ‘giro lingüístico’: Koselleck y los nuevos horizontes de la historia intelectual”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 20-38 (en especial pp. 25-27 sobre el significado y los límites del *giro lingüístico* en la ciencia histórica). Richter ha hablado de “versión alemana del *giro lingüístico*” para referirse a Koselleck y su programa de historia de los conceptos, y aunque en sus desarrollos establece claramente las distancias de Koselleck tanto con los planteamientos de la hermenéutica radical de Gadamer como con los postulados estructuralistas, postestructuralistas y deconstruccionistas, la fórmula utilizada puede resultar sin embargo ambigua. (Melvin RICHTER, “A German Version of the ‘Linguistic Turn’: Reinhart Koselleck and the History of Political and Social Concepts, *Begriffsgeschichte*”, en D. Castiglione y I. Hampster-Monk (eds.), *The History of Political Thought in National Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 58-79).

¹⁹ M. RICHTER, “Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe”, *History and Theory*, 29, 1990, pp. 38-70; *The History of Political and Social Concepts: A Critical Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 1995. H. LEHMANN y M.

te campo de estudio, un tercer polo de la historia de los conceptos bien definido en la actualidad por la *historia conceptual de lo político* de Rosanvallon, más allá de la *historia lingüística de los usos conceptuales* de Guilhaumou, contigua ésta a los planteamientos del *giro lingüístico* y de Foucault²⁰.

EL NÚCLEO TEMÁTICO DE SU OBRA

El núcleo temático fundamental de la obra de Koselleck gira en torno al concepto de historia, el *Sattelzeit* y las categorías de (espacio de) experiencia y (horizonte de) expectativa, constantemente utilizadas.

En el Diccionario de conceptos históricos en lengua alemana, y en el que quizá sea su artículo más importante, Koselleck dedica una voz al “concepto de historia” (1975), descubriendo las fuentes del moderno término “*Geschichte*” en el acoplamiento filosófico de dos conceptos: “*Geschicht*”, el contexto histórico de los acontecimientos, e “*Historie*”, la narración de los acontecimientos (en latín los términos “*res gestae*” e “*historia rerum gestarum*” recogen esta distinción)²¹.

Se pasa así en el curso del XVIII de unas historias singulares que comprometen a un sujeto cualquiera, a la idea de “la historia en sí y para sí”, de una historia general y englobante que “representa al mismo tiempo su propio sujeto y objeto”, que “hace abstracción de las historias empíricas”, y que se despliega en el tiempo según la lógica de un singular colectivo. Es decir un concepto de historia que “encierra la condición de todas las posibles”²². Droysen, en su *Histo-*

RICHTER (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts: News Studies on Begriffsgeschichte*, Washington: German Historical Institute, 1996. Kari PALONEN, “Quentin Skinner’s Rethoric of Conceptual Change”, *History of Human Sciences*, 10, 1997, pp. 61-80; “The History of Concepts as a Style of Political Theorizing. Quentin Skinner’s and Reinhart Koselleck’s Subversion of Normative Political Theory”, *European Journal of Political Theory*, 1, 2002, pp. 96-111; *Die Entzauberung der Begriffe: das Umschreiben der politischen Begriffe bei Quentin Skinner und Reinhart Koselleck*, Münster: Lit, 2004.

²⁰ Pierre ROSANVALLON, *Por una historia conceptual de lo político*, México, FCE, 2003. Jacques GUILHAMOU, *Discours et événement. L’histoire langagière des concepts*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2006.

²¹ R. KOSELLECK, “Geschichte”, en *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Ernst Klett/J. G. Cotta, 1972-1997, vol. 2, 1975, pp. 647-717; el artículo está recogido en R. KOSELLECK, *L’expérience de l’histoire*, París, EHESS-Gallimard-Seuil, 1997, pp. 15-99. Existe una versión castellana del mismo de Antonio GÓMEZ RAMOS, *Historia/historia*, Madrid, Trotta, 2004.

²² R. KOSELLECK, “¿Existe una aceleración en la historia?” (1976), en Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2007, pp. 319-345 (335).

rik, expresará bien esta distinción entre lo particular y la aspiración a lo general en el corazón del siglo XIX: por encima de las historias se encuentra la historia (*die Geschichte*). La historia se convierte en un *metaconcepto* (el conjunto de la experiencia humana de todos los tiempos) que contempla el destino humano según un *telos* (un sentido de finalidad), una *flecha del tiempo* animada por el progreso del género humano, según la filosofía de la Ilustración²³.

Se advierte una secularización de la relación judeocristiana con el tiempo, que implica un trasvase de sentido: “Lo que distingue al nuevo concepto de ‘historia en general’ es su renuncia a la obligación de estar referida a Dios. De ahí nace un concepto de tiempo propiamente específico de la historia”, explica Koselleck²⁴, que conduce a una nueva aproximación a la verdad. La referencia religiosa es sustituida por un culto a la verdad que da su verdadera singularidad a la historia como capacidad de decir lo verdadero. Pero si hasta fines del XVIII se distinguían tres niveles (los hechos mismos, el relato de estos hechos y, por fin, el conocimiento crítico o científico que de ellos se puede tener) en adelante el conjunto queda subsumido en el concepto de *Geschichte*.

A través de la exploración de este y otros conceptos de carácter social y político (revolución, progreso y declive, estado, etc.) Koselleck destaca la ruptura radical producida antes del desencadenamiento de la Revolución Francesa y el carácter fundador de lo que él llama *Sattelzeit*: “el umbral de una época”, “una época encabalgada”, un “período bisagra” o de transición entre 1750-1850 que produce una “profunda transformación de *topoi* clásicos” y que otorga un sentido nuevo a las nociones de historia, de progreso, de revolución, lo que impulsa a su vez el propio cambio social y político, el cambio histórico en suma²⁵. Las críticas que se han vertido contra el concepto de *Sattelzeit* han incidido en cuestiones puntuales y hasta cierto punto menores, sin tener en cuenta quizá el nudo argumental que Koselleck trenza alrededor suyo. En todo caso, es una categoría o meta-concepto de carácter instrumental, una hipótesis de trabajo antes que la pieza insustituible de un modelo teórico que Koselleck no pretendió.

Koselleck hizo notar cómo hasta mediados del siglo XVIII el vocabulario político se restringía a las élites aristocráticas, a los juristas y eruditos, y

²³ HÖLSCHER, 2009, p. 44. François DOSSE, “Reinhart Koselleck: entre semántica histórica y hermenéutica crítica”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 124-143 (140); *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007, pp. 256-257.

²⁴ KOSELLECK, 1997, p. 21.

²⁵ DOSSE, 2009, pp. 139-140. Alexandre ESCUDIER, “Temporalisation and Political Modernity”, en *Political Concepts and Time*, pp. 131-177 (148-150).

cómo a partir de entonces el círculo se amplió vertiginosamente para incluir a las clases instruidas, fenómeno que se corresponde con el auge de la prensa y la transformación de una lectura intensiva y repetitiva que se apoyaba siempre en los mismos libros, en un hábito de lectura extensivo que consume una producción renovada regularmente. De esta manera se incrementa el número de quienes se incorporan conscientemente al espacio lingüístico-político provenientes de las capas sociales inferiores. Los círculos de receptores, escritores y oradores aumentan, pero sin llegar a todos los niveles ni a abrigar a la sociedad en su conjunto. “Numerosos conceptos penetran, a menudo como lugares comunes, a través de las grietas entre las capas sociales en otros círculos. En este proceso podían ver modificado su sentido”, escribe Koselleck en la introducción al *Geschichtliche Grundbegriffe*²⁶.

Koselleck caracteriza con cuatro notas la profunda mutación del universo conceptual en los umbrales de la contemporaneidad: *democratización, temporalización, ideologización y politización*; criterios que remiten unos a otros, y que llevan a interrogarse por aspectos como: a) el proceso de ampliación de la “caja de resonancia de la esfera pública”; b) la transformación de numerosos conceptos en “fórmulas tipo cuya evidencia depende de un punto de vista partidista”; c) el nuevo alcance y efecto del “vocabulario propagandístico” y la importancia de los “conceptos contrarios polémicos”; d) las diferentes concepciones y “diseños del futuro en la planificación política y en su lenguaje”, influidos por la filosofía de la historia y sus conceptos, cuyos referentes van “mucho más allá de lo empíricamente realizable, sin por ello ver afectada su importancia política y social”, sino todo lo contrario²⁷.

La cuestión de hasta qué punto subyace bajo esta transformación conceptual una “secularización de significados teológicos”, es uno de los grandes de argumentos de Koselleck en los artículos correspondientes del Diccionario, continuando el camino trazado en su tesis.

El *Sattelzeit* implica una nueva experiencia del tiempo, una conciencia de aceleración de la historia provocada en las gentes de la época por el creciente divorcio entre pasado y futuro, hecho que viene a constituir para Koselleck el “aspecto crucial de la experiencia moderna del mundo”²⁸, y que re-

²⁶ R. KOSELLECK, “Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, traducción y notas de Luis Fernández Torres, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 92-105 (96).

²⁷ *Ibid*, pp. 96-98.

²⁸ FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, 2009, pp. 49-50.

mite a una concepción de la historia comprendida como “un tiempo que siempre se rebasaba a sí mismo”²⁹. En efecto, hasta entonces el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa se confundían, el futuro se contemplaba retrospectivamente ligado al pasado, a la voluntad de perpetuar la tradición. El futuro se pensaba como fundamentalmente tributario del pasado. La expectativa propiamente dicha reenviaba a un más allá, a una realidad extra temporal, a un reino final no realizable en nuestro mundo.

Con la secularización progresiva de la sociedad occidental, la disociación entre la experiencia y la expectativa no dejó de aumentar. El presente ya no es el pliegue sobre el que el futuro recubre el pasado, sino un punto de fuga hacia delante. Pasado y futuro se piensan y se experimentan ahora desde el presente de manera diferente. El futuro se proyecta como distinto de la tradición y en ruptura con el pasado para sentar las bases del progreso, es decir, de un mundo distinto y mejor. “Experiencia del pasado y expectativa del futuro no se recubren más, están progresivamente disociadas”³⁰.

Volviendo al concepto de historia, este nace o renace, en definitiva, de una discontinuidad radical, “de un abismo entre la experiencia y la espera”³¹. Es el distanciamiento progresivo entre ambas lo que determina la aceleración del tiempo histórico como marca característica de la modernidad³². El *Sattelzeit* aporta a la modernidad (*Neuzeit*) una nueva clase de tiempo (*neue Zeit*), con fuerza directiva de la propia historia, que imbuje a cada época de un único espíritu propio (*Zeitgeist*), dentro de una trayectoria irreversible de progreso³³.

La investigación histórica de los conceptos sirve así a Koselleck para armar dos categorías –espacio de experiencia y horizonte de expectativa– de enorme potencial explicativo (más allá de la historia de los conceptos o de un periodo histórico determinado) y que permiten al historiador distanciarse de cualquier historia teleológica, que reciba su sentido del exterior, en la manera de hacer la historia. Son dos categorías fundamentales de carácter meta-histórico que definen las formas propiamente históricas de la temporalidad³⁴.

²⁹ KOSELLECK, “¿Existe una aceleración de la historia?”, p. 332.

³⁰ KOSELLECK, 1993, p. 319.

³¹ KOSELLECK, 1997, p. 82.

³² Elías José PALTÍ, “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer*, 53, 2004, pp. 63-74 (67).

³³ Giacomo MARRAMAO, “*Neu-Zeit*. Modernidad y experiencia del tiempo”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 119-133.

³⁴ R. KOSELLECK, “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Dos categorías históricas”, en *Futuro pasado*, cap. 14. Para Feres Junior estas dos categorías son clave en lo que denomina “se-

Estas categorías apuntan a los diversos modos posibles en que se pueden articular el presente, el pasado y el futuro en una unidad de sentido (lo que François Hartog denomina regímenes de historicidad³⁵).

El espacio de experiencia, como “pasado presente”, es un pasado acumulado que admite distintas posibilidades de estratificación y que puede recorrerse según múltiples itinerarios, sin que los acontecimientos queden aprisionados en la simple cronología. El horizonte de expectativa es el “futuro hecho presente”, vuelto hacia un todavía-no. La espera se entiende como despliegue de toda suerte de expectativas alimentadas desde la esperanza o el temor, el querer o la inquietud, el cálculo racional o la curiosidad, o desde cualquier otra preocupación individual o colectiva con relación al futuro.

Son dos polos que se condicionan mutuamente (“no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa”), y que implican en sí mismas –como el propio Koselleck ha subrayado– una ruptura radical con la concepción lineal del tiempo. “Cronológicamente, la experiencia escruta partes enteras de tiempo, pero no crea la menor continuidad en el sentido de una presentación aditiva del pasado”. Koselleck lo compara con la “*ventanilla* de una lavadora, por la que aparece, de un tiempo a otro, tal o cual prenda mezclada de la ropa contenida en la máquina”³⁶.

Espacio de experiencia y horizonte de expectativa son categorías con significaciones éticas y políticas permanentes y que dan razón de la posibilidad misma de historia: “no hay historia que no haya sido constituida por las experiencias vividas y las expectativas de hombres que actúan y sufren”, dice Koselleck. Como ha subrayado Richter³⁷, ambas categorías son inconcebibles sin Gadamer, pero son modificadas por Koselleck en un sentido inaceptable para el maestro. Para Gadamer, desde su énfasis fundamental en la lingüística de la existencia humana colectiva, la historia de los conceptos debía estar subordinada a la hermenéutica, lo que rechaza Koselleck, otorgando autonomía a la historia respecto del lenguaje.

gunda teoría de la modernidad” de Koselleck, siendo la primera su tesis doctoral *Kritik und Krise*. João FERES JÚNIOR, “With an Eye on Future Research: The Theoretical Layers of Conceptual History”, en *Political Concepts and Time*, pp. 223-244 (234-235, 238).

³⁵ François HARTOG, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003; “Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global”, *Revista Antropos*, 223, 2009, pp. 144-155 (145).

³⁶ A partir de aquí DOSSE (2009, pp. 141-143) ha procedido a realizar “un elogio controlado del anacronismo”. Véase también la reflexión de ESCUDIER (2011, pp. 140-146) sobre esas categorías partiendo de los desarrollos de Koselleck y Hartog.

³⁷ RICHTER, 2001, pp. 66-67.

La propia noción de crisis, tan asociada al primer Koselleck, se entiende bien desde aquí, según ha hecho notar Paul Ricoeur al considerar que el tiempo de crisis se verifica cuando se produce una reducción del espacio de experiencia y un alejamiento del horizonte de expectativa³⁸.

CLAVES DE SU PENSAMIENTO

¿Cuáles son las claves del pensamiento de Koselleck y de su manera de practicar la historia? Y ¿qué significación alcanzan dentro del movimiento historiográfico reciente?

En primer lugar hay que aclarar que Koselleck no pretende realizar una *Historik* a lo Droysen, para quien la historia era el objetivo total, el “mundo histórico”, en un afán de dar a su metodología una coherencia teórica. Koselleck presenta sencillamente una caja de herramientas, de teorías e hipótesis, como ha hecho considerar Hölscher³⁹, que ayuden a entender las condiciones de posibilidad de múltiples historias. Pero por más que no apunte a una verdadera teoría del conocimiento histórico ni se aprecie una coherencia simple en sus desarrollos, subyace no obstante una lógica profunda en sus planteamientos y forma de trabajar. Sugeriré a continuación únicamente algunos aspectos.

El cambio histórico cabalga entre el cambio del lenguaje y el cambio social, participa de ambos, al igual que el acontecimiento es algo objetivo y subjetivo, situado entre ambas cosas. En definitiva, existe una diferenciación y conexión al tiempo entre realidad y discurso, entre conceptos y hechos históricos, entre lenguaje y cambio sociopolítico⁴⁰. Existe una relación entre conceptos (lingüísticos) e historia (extra-lingüística), que es precisamente lo que se debe investigar, pero que presupone la distinción básica y objetiva entre historia y lenguaje⁴¹. Puede parecer algo obvio, pero contrasta claramente con los postulados del *giro lingüístico* y del enfoque posmoderno de la historia.

En efecto, son notables las distancias establecidas con los planteamien-

³⁸ Paul RICOEUR, *Temps et récit, III. Le temps raconté*, París, Seuil, 1985, pp. 302-313.

³⁹ HÖLSCHER, 2009, p. 42. Sandro CHIGNOLA, sin embargo, ha enfatizado el término de *Historik* para, referido a Koselleck, criticar algunas de sus propuestas teórico-metodológicas (“Sobre el concepto de *Historia*”, *Ayer*, 53, 2004, pp. 75-95; “Temporalizar la historia. La *Historik* de Reinhart Koselleck”, *Isegoría*, 37, 2007, pp. 11-33).

⁴⁰ HÖLSCHER, 1996, pp. 77-78.

⁴¹ Sobre este aspecto ha insistido Hans Erich BÖDEKER, “*Begriffsgeschichte* as the History of Theory. The History of Theory as *Begriffsgeschichte*”, en *Political Concepts and Time*, pp. 19-44 (23-28). Véase a este respecto, R. KOSELLECK, “Linguistic Change and the History of Events”, *Journal of*

tos lingüísticos de Saussure, que son los que se esconden detrás del *giro lingüístico*. En ese sentido, resulta importante la diferencia establecida por Koselleck entre palabras y conceptos⁴². El concepto no es el simple significado de una palabra. Los conceptos cambian su significado interactuando con el tiempo histórico, y son por ello no sólo indicadores sino también factores de la realidad histórica. La historicidad del texto no se confunde con la textualidad de la historia.

Es preciso señalar que si Koselleck incorporó desde el principio, convirtiéndolas en objeto de investigación, cuestiones que la sensibilidad posmoderna difundió desde finales de los años 1970, su figura se revela también como un adelantado de la *crítica de la crítica* posmoderna. Koselleck no acepta la visión posmoderna, según la cual no existe una realidad al margen de la categorización del observador, y para la que la materialidad misma de lo real no posee ningún significado al margen de su enunciación. Para Koselleck si alguien puede empezar a contar historias es porque algo ha cambiado, pero el cambio, a su vez, únicamente es concebible si se siguen dando las condiciones generales o estructurales del cambio. Koselleck no se deja aprisionar por el lenguaje ni admite que la historia sea fagocitada por él.

La historia de los conceptos de Koselleck se basa en que cualquier cosa que pueda y deba ser conceptualizada se encuentra fuera de los conceptos, pero ambos, conceptos y realidades, tienen sus propias historias. El significado y el uso de una palabra nunca establecen una relación de correspondencia exacta con lo que llamamos realidad, se transforman de diversas maneras, cambian a diferentes ritmos o velocidades. “Lo que se expresa lingüísticamente es siempre más o menos que aquello que está o estuvo presente en la historia real; y lo que la historia contiene es siempre más o menos que lo que puede ser dicho lingüísticamente”⁴³.

Cada concepto tiene una historia, y cada palabra puede tener una multiplicidad de significados que se van adecuando a la realidad cambiante. “La historia de los conceptos tiene como tema la convergencia de concepto e his-

Modern History, 61, 1989, pp. 649-661, y la propia respuesta de Koselleck a sus críticos: R. KOSELLECK, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en H. Lehmann y M. Richter, 1996, pp. 59-70.

⁴² Véase KOSELLECK, “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales”, 2.3-2.4, p. 101.

⁴³ R. KOSELLECK, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53, 2004, pp. 27-45 (39-40).

toria”⁴⁴, convergencia sistemáticamente explorada por Koselleck en ese período de transición social y conceptual, de quiebra de lo viejo y que actúa como premisa de la contemporaneidad, entendido como *Sattelzeit*, al que nos hemos referido ya.

Koselleck ha sido el gran inspirador de una semántica histórica que ha hecho ver que los conceptos almacenan el pasado en el lenguaje e integran las experiencias vividas en las capacidades lingüísticas y en el comportamiento. El historiador debe desentrañar la estratificación temporal interna de cada concepto (las variaciones sufridas en el espacio de experiencia y horizonte de expectativa que los propios conceptos albergan), y al hacerlo está en mejores condiciones para comprender y explicar la permanencia y el cambio, la misma temporalidad histórica.

Hay que hacer notar que la teorización del tiempo formulada por Braudel dentro de la escuela de *Annales* (el tiempo corto del acontecimiento, el tiempo medio de la coyuntura y el tiempo casi inmóvil de la estructura), y la metáfora geológica que subyace en su base, la *geohistoria*, se refleja en el propio lenguaje de Koselleck. Aunque al mismo tiempo Koselleck ayuda a enriquecer el planteamiento de Braudel, insistiendo no sólo en la *superposición* de tiempos –como hace el historiador francés– sino en el *entrelazamiento* y *comunicación* de tiempos, según se deriva de las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativa anteriormente comentadas⁴⁵.

Para Koselleck, al igual que Braudel, no sólo los acontecimientos repentinos y únicos son fuente del cambio, sino también las estructuras de larga duración que, aunque parecen estáticas, varían igualmente y posibilitan las transformaciones. Para Koselleck las estructuras detentan las condiciones de posibilidad de los acontecimientos y hacen así inteligible el desarrollo de los acontecimientos aislados. Hay, por tanto, una complementariedad fundamental entre estos dos polos (estructura/acontecimiento) presentados a menudo, en exceso, como antinómicos⁴⁶.

Los *estratos del tiempo*, con sus fricciones, fallas o rupturas, son tanto una poderosa imagen para describir el cambio histórico a nivel teórico como una herramienta metodológica para analizar históricamente el cambio concep-

⁴⁴ KOSELLECK, “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales”, p. 102.

⁴⁵ Esta conexión con la historia social francesa es obviada por Melvin Richter, aunque no deje de subrayar la significación de la historia social y económica en el planteamiento de Koselleck (RICHTER, 2001, pp. 59-60, 64, 70-71, 74).

⁴⁶ DOSSE, 2009, p. 136.

tual, plantea Koselleck⁴⁷. Koselleck combina los principios diacrónico y sincrónico para sentar la idea de la *simultaneidad de lo no simultáneo* (*gleichzeitigkeit des ungleichzeitigen*), noción que queda asociada a la de *profundidad de la historia* (ésta propia de la escuela de *Annales*).

El principio diacrónico es necesario para captar y valorar la evolución de los conceptos y su tránsito de la esfera religiosa a la social (concepto de *alianza*), o del ámbito jurídico al político para finalmente aparecer en el lenguaje científico y en la propaganda (caso del concepto de *legitimidad*, por ejemplo). Pero cabe reconocer también una pluralidad de temporalidades acumuladas en cada concepto, ligada a riqueza semántica de los conceptos: la pluralidad de estratos de los significados va más allá de la diacronía estricta y hace ver la simultaneidad de lo no contemporáneo contenida en un concepto. “La profundidad histórica, que no es idéntica a su cronología, adquiere un carácter sistemático o estructural. Es decir, lo diacrónico y lo sincrónico se entrelazan en la historia de los conceptos”, escribe Koselleck⁴⁸.

La lógica subyacente de Koselleck, que rebasa el ámbito de los conceptos, parte de que un hombre solo no puede procesarlo todo. Como jalones de su recorrido y de la propia profundidad de su pensamiento valga puntear los siguientes:

- el individuo y las generaciones: experiencias únicas y espacio de experiencia común;
- la estructura temporal de la experiencia histórica, las diferencias de presión bajo la que viven y actúan los hombres de cada época o lugar: lo que podría llamarse el espacio del tiempo;
- el anudamiento de las tres dimensiones del tiempo (pasado, presente, futuro) en el presente de la existencia humana, que las temporaliza;
- la articulación de espacio de experiencia y horizonte de expectativa, aplicables a estructuras sociales y situaciones de conflicto político;
- la elevación de la experiencia a concepto;
- la revisión y reescritura de la historia para explicar las condiciones de surgimiento de la nueva experiencia...⁴⁹.

⁴⁷ R. KOSELLECK, *Zeitschichten: Studien zur Historik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2000, introducción de Hans-Georg Gadamer. Versión castellana: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001 (introducción de Elías Palti, traducción de Daniel Innerarity); *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003 (traducción de Faustino Oncina).

⁴⁸ KOSELLECK, “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales”, pp. 100-101.

⁴⁹ KOSELLECK, 2001, pp. 38-40, 50-53, 56, 68-69, 78, 81, 105, 117-118.

Y vuelta a empezar.

La mirada de Koselleck escudriña con provecho y activa (introduciéndolos dentro del propio tiempo histórico) todos los ángulos del concepto de historia, ha recalcado Fernández Sebastián: la historia como acontecer –como sucesión de acontecimientos–, la historia como actividad intelectual propia del ser humano –que incluye la historia como escritura y representación objetivante del pasado–, y sobre todo la historia como espacio ineludible, individual y colectivo, para la experiencia existencial y el moderno despertar de la conciencia de historicidad, que ha conducido a la progresiva historización del mundo⁵⁰. La dimensión estructural de la historia –el acento de Koselleck en la necesaria relación entre la historia de los conceptos y las historias estructurales de la economía, la sociedad y el gobierno en el tiempo largo, que por su propia naturaleza no pueden ser detectadas ni tratadas como puro discurso– es a la postre el gran argumento koselleckiano –ha valorado con perspicacia Richter⁵¹– para la diferenciación entre historia y lenguaje con la consecuente afirmación de los aspectos extralingüísticos de la experiencia. Su insistencia, por otra parte, en la temporalización de los conceptos impide que puedan ser considerados como esencias metafísicas capaces de llevar una vida diacrónica autónoma. Koselleck alienta indudablemente una concepción post-metafísica de la comunidad. La temporalización implica una desustanciación de los conceptos⁵².

Koselleck rompe, en definitiva, con el continuismo ideal (muy propio de la historia intelectual tradicional, donde los autores y las ideas mantienen un diálogo en las alturas, ausentes del tiempo) para anclar socialmente los conceptos, los discursos y los propios actores en su espacio-tiempo, en el espacio-tiempo de la experiencia, pues, como ha subrayado Marramao, el tiempo vivido no puede de ninguna manera darse independientemente del espacio⁵³.

El planteamiento de Koselleck parte de lo que considera una obligación metodológica⁵⁴: restituir el verdadero alcance de los conflictos sociales y políticos del pasado, explorando y utilizando lo que Lucien Febvre llamaba el “utillaje mental”, y que Koselleck denomina las “fronteras conceptuales” de

⁵⁰ FERNÁNDEZ-SEBASTIÁN, 2009, p. 46.

⁵¹ RICHTER, 2001, pp. 70-71.

⁵² RICHTER, 2001, pp. 77-78. FERES JUNIOR, 2011, p. 231. K. PALONEN, “Contingency, Political Theory and Conceptual History”, en *Political Concepts and Time*, pp. 179-204 (195).

⁵³ MARRAMAIO, 2009, pp. 131-133.

⁵⁴ DOSSE, 2009, p. 139.

la época. La explicación exige previamente la comprensión, y para ello no puede prescindirse de la voz de los actores, ni del lenguaje, fuerza activa y pasiva a la vez de los conflictos y del cambio.

Ricoeur ha insistido en la función de la narración como mediación indispensable para hacer obra histórica y ligar el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa de los que habla Koselleck. Ricoeur viene así a considerar el relato como el “guardián del tiempo”. La configuración del tiempo pasa por la narración del historiador. Koselleck –establece Dosse a partir de ese diálogo⁵⁵– propiciaría entonces la construcción de una hermenéutica del tiempo histórico cuyo horizonte no estaría urdido por la sola finalidad científica, sino tendido hacia un hacer humano, un diálogo a instituir entre las generaciones, un actuar sobre el presente, una voluntad de afectar al futuro.

En ese sentido –como ha precisado Nadeau⁵⁶–, más allá de la tesis epistemológica o metodológica, hallamos en Koselleck una tesis ontológica en cuanto a la idea de que la historia, o al menos una parte de ella, es una construcción social cuyo sentido es dirigirse a las futuras generaciones. Esta tesis sería ontológica en la medida en que se centra menos en el contenido del discurso histórico que en la existencia misma de la Historia.

Koselleck –según se desprende de los jalones anteriormente referidos– contempla indirectamente un conjunto de acciones acometidas por los agentes en vista a la consecución de un objetivo preciso: la institucionalización de la memoria colectiva. Lo cual presupone que la sociedad construye y organiza su relación histórica con las generaciones futuras. La historia no es entonces solamente una mirada hacia el pasado sino también hacia el futuro. Esto es algo que se deriva de la manera misma en que Koselleck concibe su programa de investigación en torno a la historia conceptual.

Los conceptos son parte del pensamiento de una sociedad sobre sí misma y de la imagen que quiere proporcionar de sí misma a otras sociedades y a las generaciones futuras. La historia como construcción social es una forma de representación colectiva propuesta a las generaciones futuras. Así una de las tesis fundamentales de Koselleck podría formularse de la manera siguiente, sugiere Nadeau: la identidad de las sociedades queda condicionada por la proyección histórica de éstas hacia el futuro. Desde este presupuesto, la his-

⁵⁵ DOSSE, 2007, pp. 259-260.

⁵⁶ Christian NADEAU, “La Historia como construcción social y política: una lectura combinada de Reinhart Koselleck y Quentin Skinner”, *Revista Antropos*, 223, 2009, pp. 156-167 (158-159).

toría es menos una construcción de los historiadores que una construcción intelectual para y por una sociedad determinada, que fabrica en ella su identidad con voluntad de legarla igualmente a sus sucesores. Los conceptos (u otros objetos históricos, como las imágenes o los monumentos, a los que también prestó atención Koselleck) son las herramientas de esta historia, construida no de forma independiente de los hechos históricos, sino en diálogo con ellos⁵⁷. Desde esta perspectiva, cabe establecer una cercanía con el planteamiento de las racionalidades políticas realizado por Rosanvallon –el polo francés de la historia de los conceptos–, entendidas como el “trabajo permanente de reflexión de la sociedad sobre ella misma” de donde derivan los sistemas de representación que definen la manera en que una época, un país o los grupos sociales conducen su acción y contemplan su futuro⁵⁸. Esta proximidad manifiesta tanto la traza koselleckiana del concepto de cultura política sugerido por Rosanvallon –un *hecho social* que evoluciona con la sociedad y se transforma con ella⁵⁹–, como el diálogo del propio Koselleck con la historia social.

Cabe formular dos preguntas finales.

La primera es la del relativismo: ¿es Koselleck un relativista? Si la historia es una construcción social, tampoco los historiadores escapan en sus juicios de la influencia del entorno intelectual inmediato, ni son ajenos al legado transmitido por las sociedades del pasado que estudian. Los mismos conceptos o categorías analíticas que ellos utilizan como herramientas básicas de la explicación histórica son deudores de las formulaciones del pasado. Koselleck podría asumir que su posición es historicista, en el sentido de que no es posible comprender realmente un enunciado o una acción del pasado sin hacer referencia a su “espacio de experiencia” y a su “horizonte de expectativa”. No siempre es fácil marcar la diferencia entre las categorías analíticas del historiador y los conceptos de los agentes históricos analizados por el historiador, sobre todo cuando aquellas no son *términos técnicos* (como pueden considerarse las figuras koselleckianas de espacio de experiencia y horizonte de espera, pero no tanto los conceptos de poder, regla o incluso política), ha puesto de manifiesto Palonen⁶⁰. Pero Koselleck no pretende afirmar que toda ver-

⁵⁷ NADEAU, 2009, pp. 162, 164, 167.

⁵⁸ P. ROSANVALLON, “Pour une histoire conceptuelle du politique”, *Revue de Synthèse*, IV/1-2, 1986, pp. 93-105 (100-102); *Por una historia conceptual de lo político*, p. 48.

⁵⁹ P. ROSANVALLON y P. VIVERET, *Pour une nouvelle culture politique*, París, Le Seuil 1977, pp. 7, 33-34.

⁶⁰ PALONEN, 2011, p. 180.

dad pueda ser aislada en su contexto. No cabría hablar realmente de construcción social de la historia, ni evaluar el modo en que una sociedad se transmite a sí misma a las generaciones futuras –hace notar Nadeau–, si no pudiera atribuirse ningún grado de verdad a este objeto⁶¹.

El propio Koselleck previene contra la trampa de un relativismo sin límites y habla de “historiografía ideológicamente cortocircuitada” cuando se prescinde de la metodología o ésta queda reducida a un puro “argumento estético” (como vienen a considerar posmodernos o neohistoricistas y asumió directamente el propio Gadamer en una condena general de todas las metodologías, incluido el método histórico). Aunque la tensión existente entre las circunstancias históricas y su captación o registro lingüístico recorra la propia historia, y se haga necesaria una y otra vez la reescritura histórica, ésta ha de someterse al “poder del veto de las fuentes”, que “nunca nos indican lo que hay que decir”, pero “nos impiden arriesgar afirmaciones que la documentación histórica no nos autoriza o excluye claramente como falsas”⁶². Es la misma reacción que manifestaron los grandes historiadores culturales (Darnton, Burke, Ginzburg o Natalie Davis) contra el *giro lingüístico*. La idea de construcción del pasado no puede obviar el problema de la prueba (indisociable de la materialidad de la huella)⁶³.

La pregunta final sería entonces la concepción última de la historia de Koselleck. Al final, lo más importante, de acuerdo con Koselleck, manifiesta Hölscher⁶⁴, es la convicción de que la interpretación del pasado, así como la historia misma, nunca llegará a un final. En cuanto teórico era un teórico de la historia que discutía la misma historia, incluida la historia como problema teológico. Pero es que antes que un constructor de teorías históricas, Koselleck fue un analista de la construcción de la historia.

Hoy la historia, ciertamente, lejos de presentarse como una realidad monolítica, como en el XIX, aparece como un frágil fragmento, una construcción artificial en cuyas cambiantes estructuras el análisis y el analista, el tema histórico y el examen subjetivo, se cruzan el uno con el otro. Esta visión actual de la historia no es sólo el resultado de la obra e influencia de Kose-

⁶¹ NADEAU, 2009, pp. 166-167.

⁶² KOSELLECK, 2004, pp. 40 y 45.

⁶³ Carlo GINZBURG, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en su *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia* (1986), traducción española, Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 138-175.

⁶⁴ HÖLSCHER, 2009, pp. 40, 42, 44.

lleck, pues debe mucho a otros historiadores, pero es preciso reconocer que la dimensión interdisciplinar de Koselleck ha proporcionado a la ciencia histórica una consistencia y una autorreflexión teóricas que ningún otro nombre podía ofrecer.

La historia como algo frágil y construido no puede sino estar ligada al tiempo. La historia para él es siempre dependiente de las trazas que produce en ella el tiempo –los estratos del tiempo–, y de la primacía teórica de nuevas experiencias, como se ha valorado antes. Por ello –y frente a la historia teleológica– la historia siempre necesita de nuevos métodos e hipótesis. Reflejando el cambio histórico, la ciencia de la historia implica y refleja su propia obsolescencia. Sin embargo, esto no significa que sea subjetiva en el sentido de una arbitrariedad teóricamente irresoluble. No hay un conocimiento histórico final, no hay verdades eternas, la verdad está muy repartida en la historia. Y con todo, procediendo con rigor metodológico, la investigación histórica ofrece resultados duraderos.

CODA

La obra de Reinhart Koselleck destaca por su originalidad y se revaloriza aún más atendiendo al debate historiográfico de las últimas décadas o incluso del último siglo.

Koselleck se sitúa más acá y más allá del *giro lingüístico*. Presenta una trayectoria clara y coherente, imperturbable ante las profusiones de dicho giro y del planteamiento posmoderno. Koselleck ha sabido mostrar, antes que a través de disquisiciones teóricas, con la práctica de la historia, que solamente al contrastar el mundo de los hechos con el de los conceptos podemos preguntarnos por la capacidad de los conceptos, bien para representar la realidad o para interferir en ella⁶⁵.

A modo de barrera metodológica, de alcance interdisciplinar, esta insoslayable determinación diferencial entre lenguaje y acontecimiento, entre habla y secuencia de sucesos, que forma parte esencial del legado de Koselleck,

⁶⁵ En ese sentido, más que una versión alemana del *giro lingüístico*, según la caracterización de Richter, Koselleck define un planteamiento sustancialmente distinto, contrario a las tesis principales de dicho giro, pese al interés sustantivo de la *Begriffsgeschichte* por los conceptos y lenguajes políticos. Como el propio Richter evidencia (RICHTER, 2001, pp. 64-72), Koselleck se opone a la adhesión de Gadamer al giro lingüístico. Es más bien Gadamer (muy citado por LaCapra y Kaplan) quien encarna la versión alemana del *giro lingüístico*.

ha sido progresivamente valorada por nombres como Hayden White⁶⁶, a menudo señalado como símbolo del *giro lingüístico* o del posmodernismo en la historia. Como ha subrayado Guilhaumou, la obra de Koselleck influye con claridad en el *retorno a lo real*, al referente, como tendencia perceptible desde los años 1990⁶⁷, aunque no deje de encontrar por ello mismo resistencias⁶⁸.

Pero más importante me parece considerar el hecho de que Koselleck facilite un tiempo de síntesis dentro de la historia y las ciencias sociales. Síntesis primero entre la historia social y la intelectual, aunque no podamos extraer ahora aquí todo su significado. Koselleck permite superar por elevación la insoluble disputa entre *realismo* y *nominalismo*, y representa un antídoto frente a los ímpetus de algunos otros *retornos*, como el del sujeto individual, por ejemplo. Koselleck trasciende asimismo la dialéctica entre el individualismo metodológico y el holismo, reintroducida en el debate por los enfoques neo-fenomenológicos⁶⁹, deseosos de cobrarse la venganza del sujeto humanista, cuya muerte había sido decretada por las corrientes estructuralistas y post-estructuralistas.

El trabajo de Koselleck, donde la atención al sujeto y a la acción rebasa los límites del acontecimiento único o de la intencionalidad del autor/actor, da nuevo fuste a conceptos como los de experiencia y práctica. Reflexividad, pero sin pérdida del horizonte colectivo. Koselleck ha señalado un camino que se antoja fructífero no únicamente para la historia intelectual. Su atención al lenguaje y a la historicidad de los conceptos, introduciendo la clave del tiempo para alcanzar su verdadero significado, una historización sin histori-

⁶⁶ Hayden WHITE, "Foreword", en R. Koselleck, *The Practice of Conceptual History*, Stanford, Stanford University Press, 2002. H. WHITE, "Historical Fiction, Fictional History, and Historical Reality", *Rethinking History*, 9, 2005, pp. 147-157 (157).

⁶⁷ GUILHAUMOU, 2006, p. 27.

⁶⁸ E.J. PALTÍ ("From Ideas to Concepts to Metaphors: The German Tradition of Intellectual History and the Complex Fabric of Language", en *Political Concepts and Time*, pp. 45-72), asumiendo los postulados de la teoría de la no-conceptualidad de Hans Blumenberg, exponente de una filosofía formulada dentro del *giro lingüístico*, ha pretendido establecer los límites de la historia de los conceptos de Koselleck frente a la metaforología de aquél. En su discusión crítica, reconoce que a Blumenberg no le preocupa la capacidad o posibilidad de la historia como objeto de conocimiento, sino acentuar el inevitable carácter precario de toda narrativa histórica. A Koselleck, lo que no acierta a valorar Paltí, le preocuparon al mismo tiempo y al mismo nivel las dos cosas, y ofreció respuestas válidas en ambos planos. La historia no es pura contingencia. La crítica filosófica y con un punto metafísico de Paltí a Koselleck, vertida desde una teoría sin práctica de la historia, manifiesta prevención hacia la historia social y un cierto desconocimiento de las implicaciones metodológicas de la propia historia intelectual. Sobre la originalidad del enfoque realizado por Koselleck de la cuestión de la contingencia, véase PALONEN, 2011, pp. 181-194.

⁶⁹ Mark BEVIR, *The logics of the history of ideas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

cismo, no prescinde de la dimensión colectiva y operativa de la cultura.

La obra de Koselleck traduce así una fecunda combinación de las tradiciones de Durkheim y Max Weber, muy prometedora para la pacificación del conflicto histórico entre la historia social y la historia intelectual, o para un nuevo entendimiento de historia y sociología. La convicción weberiana de que la clave de la dinámica interna de las sociedades no debe ser buscada tanto en la esfera material como en la cultural, en las estructuras de pensamiento y de comportamiento que hacen comprensibles el cambio social, adquiere un fuerte predicamento en la historiografía con Koselleck, aunque desde el punto de vista metodológico proceda, en cierto modo, a la inversa. No trata de forjar tipos ideales para la mejor comprensión histórica (como hizo Weber), sino de comprender históricamente los conceptos para mejorar nuestra propia formulación de la sociedad y del tiempo. Pero, al mismo tiempo, no se renuncia a las posibilidades heurísticas del enfoque durkheimiano, a su capacidad de elevarse sobre el espacio social, lo que permite al observador/investigador dirigir su mirada crítica sobre el orden social global.

El planteamiento de Koselleck sobre la historia de los conceptos subraya su papel instrumental, es antes que nada un método especializado, que asume el legado del método histórico-filológico, orientándose a aumentar el rendimiento de la historia social. A Koselleck le interesaba proteger la autonomía del método, pero no pretendía convertir la historia de los conceptos en una subdisciplina o especialidad independiente, cerrada sobre sí misma, como a veces se entiende. La historia de los conceptos “no tiene su fin en sí misma”, afirmaba⁷⁰, y es evidente que los lexicones, aunque sigan su método propio de investigación, no son más que instrumentos abiertos a la investigación de un campo mayor: el propio escenario de la Historia, antes que cualquier territorio particular.

Tanto si se atiende a la luz y potencialidad de las aportaciones de Koselleck como a otros enfoques reconocidos dentro de la propia historia de los conceptos (los de la escuela de Cambridge o las aportaciones francesas), el movimiento que se observa conduce *de los conceptos a las culturas políticas*, donde concurren diferentes problemáticas y métodos⁷¹. En cualquier caso, los conceptos van más allá de sí mismos, de los lenguajes y de los textos, y empujan hacia otras formas de significación simbólica y de materialidad (las imá-

⁷⁰ KOSELLECK, 1993, p. 121.

genes, los monumentos) –al *giro icónico* de la historia conceptual referido por Faustino Oncina–, como el propio Koselleck planteó⁷².

De los conceptos a las culturas políticas es sólo un itinerario, entre otros posibles, dentro de la interdisciplinariedad consustancial a la investigación histórica y dentro de las nuevas direcciones de la historia intelectual en concreto, que puede recorrerse además de muchas maneras. Pero será difícil no encontrarse en el camino con Koselleck. Más que un *outsider* en la disciplina –según han evocado Rudolf Vierhaus y Faustino Oncina–, su dimensión multidisciplinar y al mismo tiempo la convergencia en él de una fuerte capacidad reflexiva y de un gusto por la aplicación práctica le convierten en fuente y garantía de inspiración y acierto. Algo que, en mi caso personal, debo de manera muy particular, como tantas otras cosas, a las sabias orientaciones de Ignacio Olábarri, a mediados de los años 1980, cuando Koselleck era prácticamente un desconocido en España, pero su obra abultada –los primeros tomos del diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*, solicitados por Olábarri, infatigable ojeador de historia–, llenaba ya los anaqueles de la biblioteca de la Universidad de Navarra, y algunos confiábamos que, simplemente pasando cerca de aquellos volúmenes, como por ósmosis, o a través de terceros, pudiera llegarnos algo⁷³. Su pensamiento luminoso resulta un faro para el propio recorrido intelectual, el que cada uno debemos hacer. Pues, como señalaba Koselleck, la historia encuentra su testimonio final dentro de nuestra propia vida⁷⁴.

⁷¹ J.M. SÁNCHEZ-PRÍETO, “De los conceptos a las culturas políticas. Perspectivas, problemas y métodos”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 106-118.

⁷² F. ONCINA, “Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual”, *Revista Anthropos*, 223, 2009, pp. 71-81. También, del mismo autor, “Memory, Iconology and Modernity: A Challenge for Conceptual History”, en *Political Concepts and Time*, pp. 305-344.

⁷³ Sobre las categorías de Koselleck de espacio de experiencia y horizonte de expectativa me basé principalmente en mi tesis doctoral, dirigida por Ignacio Olábarri, para definir el concepto de imaginario y traducirlo en operaciones definidas de investigación (J.M. SÁNCHEZ-PRÍETO, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1993). De manera generosa, Sánchez Marcos valoró dicho estudio en el marco de la recepción y difusión de la historiografía alemana reciente en España (Fernando SÁNCHEZ MARCOS, “La influencia de la historiografía germánica en España en el decenio de 1990-1999”, en C. Barros, ed., *Actas del II Congreso Internacional Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 2000, vol. I, pp. 129-138).

⁷⁴ HÖLSCHER, 2009, p. 40.